

1977. Los lentos tragos negros queman y sacuden desde adentro. Desde la *marejada* he olvidado tu nombre o quizá jamás lo supe: mi nombre para esta vida, mi palabra de cabeza firmada en blanco.

Lo que no pudimos sostener se queda atrás, las maldiciones las imprecaciones escritas con carbón sobre la piedra.

Fui feliz en Champotón. Los pelícanos vuelan bajo y no hacen ruido, acarician el este, se mecen al oeste sobrevolando la costa. Hoy, el viento es helado y tranquilo y los sargazos rompen en varios fragmentos la playa. ¿Qué hay a la otra orilla? Si nado, como me enseñaste, podré decirlo. También podría enterrarme como la pulga marina (talitrus que salta), ¿recuerdas?, siguiendo el eje vertical del mundo. Traspasar la piedra perforar las rocas abrirme un espacio y surcar el agua y la arena hasta llegar, por decir, al Aokigahara, mar negro de los árboles, o al Puente Humber ante un cielo pardo y la amenaza de tormenta.

Entre los árboles dejan cintas de colores, los que dudan,
para encontrar su camino de vuelta. Cuando la maraña
de cintas grises, negras y amarillas sea imposible deberán
buscar otro mar de astiles otro bosque otra ladera.

Hoy no.

Ante todo escojo el fuego. Fuego de pecho y fuego de
cabeza, fuego del mar y de las algas perennes fuego de la
lengua invertebrada y fuego de los dedos con que escribo.

Algo me espera. El mar negro de árboles, veo, las ramas
mudas puedo verlo el gran follaje que arde todo el día y toda
la noche.

Fui feliz. No tengo nada.